

“El Pensamiento Ecológico”

Timothy Morton

Martín Bórquez¹

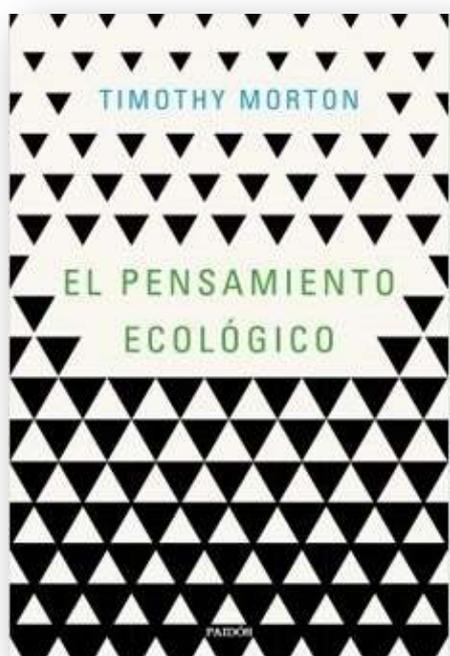
Estudiante de licenciatura en Filosofía

Universidad de Chile, martin.borquez@ug.uchile.cl

Editorial Paidós

Barcelona, 2018, 205 pp.

ISBN: 978-84-493-3487-0



Timothy Morton, el destacado filósofo y escritor londinense, prosigue en la presente obra: *El Pensamiento Ecológico* (publicada originalmente por Harvard University Press, 2010) sus novedosos ensayos críticos en sintonía con la corriente filosófica de la ‘Ontología orientada a objetos’ (OOO). En línea con lo anterior, es preciso señalar que la mencionada escuela de pensamiento se ha desligado, en gran parte, de su matriz epistémica asentada en el Realismo Especulativo, para crear su propia crítica al antropocentrismo postkantiano; en donde los filósofos angloparlantes: Timothy Morton, Graham Harman y Levi Bryant son sus más destacados

representantes. En efecto, luego del exitoso lanzamiento de *Ecology without Nature* (2007), Morton asume un reconocimiento mediático que lo sitúa como ilustre adalid de la *Ontología orientada a objetos*. Sin embargo, a nuestro entender, Morton, en este trabajo, va más allá de dicha hermenéutica filosófica. De hecho, a lo largo de los tres capítulos que constituyen *El Pensamiento Ecológico*, el académico de la Rice University, no solo acude a la filosofía para esbozar su innovador eclecticismo

¹ Diplomado en Filosofía de la Ciencia con Mención en Filosofía de la física en el Instituto de Filosofía y Ciencias de la Complejidad (IFICC).



pluralista, sino que también logra concitar diversos campos gnoseológicos que discurren desde la cultura popular, la ética aplicada o la ecología evolutiva hasta, incluso, el budismo zen. Indudablemente, ser ecléctico y estar abiertos al sincretismo epistémico es condición necesaria a la hora de leer esta simbiótica obra. Como indica el autor: “Pensar el pensamiento ecológico resulta difícil: hay que llegar a ser abiertos, radicalmente abiertos; abrirse para siempre, sin la posibilidad de volver a cerrarse” (p.45). Tal disposición a la apertura es imprescindible para comprender la propuesta heurística de Morton, nos referimos con ello a su autodenominada *ecología oscura*. Una ecología que nos muestra la otra cara de la moneda. La que normalmente no queremos ver. La de ser conscientes de los riesgos: “cuanto más sabemos acerca de los riesgos, tanto más proliferan estos” (p. 44). Esa ecología oscura que nos “devuelve la duda, la incertidumbre, la ironía y la consideración al pensamiento ecológico” (p. 35).

Pues bien, ya en el primer capítulo de la obra, titulado *Pensar a lo grande* Morton nos exige pensar la ecología y sus categorías culturales de manera diferente. Para ello, el autor propone concebir una *ecología sin naturaleza y con más conciencia*. A saber: “una ecología progresiva que fuese grande, no pequeña; (...) no personalizada, sino dislocada” (p. 47). En otras palabras, una ecología que logre salir de la dicotomía reduccionista que preconiza la retórica ambientalista contemporánea. Esa que escinde y cosifica, cartesianamente, la naturaleza de la cultura; como si fueran dos sustancias distintas y alejadas entre sí. Y es que, para nuestro pensador, naturaleza y cultura son predicados de igual extensión, provenientes de una misma matriz ontológica. Entender esto es “darse cuenta de que siempre hay algo más que nuestro punto de vista” (p. 81), lo cual, no es otra cosa que acercarse al *pensamiento ecológico*. En cierto sentido, la ecología mortoniana, nos exhorta a desprendernos de los enquistados términos antropocentristas en los que ha quedado atrapado el pensamiento occidental (el ser humano no ocupa un lugar especial en el mundo). Para lograr tal viraje epistémico, el autor nos brinda dos metaconceptos fundamentales; nos referimos a la de idea de *malla* y la de *extraños forasteros*.

Partiremos, primero, con la no menos controversial y llamativa *malla*, término que versa sobre la interconectividad que subyace tanto a lo orgánico como a lo inorgánico. Para Morton: “todas las formas de vida son la malla, al igual que todas las formas muertas y de igual modo que sus hábitats, que también están compuestos de seres vivos y no vivos” (p. 49). Pensar de esta manera, es decir, a través de la malla, comenta Morton, nos ayuda a comprender que los humanos no ocupamos el primer plano del habitar en la tierra. Muy por el contrario, tan solo somos una ínfima parte de un

intercambio e “interdependencia que se produce en todos los planos” (p. 57). De acuerdo con esto, el autor señala: “cada punto de la malla es tanto el centro como el borde de un sistema de puntos, de modo que no hay ningún centro ni borde absolutos” (p. 49). Ver, comprender e interpretar el mundo de esta manera, es parte de la tarea heurística que propone la ética de la conciencia ecológica mortoniana. Como hemos adelantado, su descentralizada y a veces desconcertante cosmovisión, busca erradicar el caduco antropocentrismo que nos ha llevado a la crisis ecológica actual. Una crisis que, a juicio del autor, “nos hace conscientes de la interdependencia de todas las cosas” (p. 50). Entonces, la idea central aquí es ser conscientes de que, como humanos, no ocupamos ningún lugar privilegiado en la cadena trófica, tan solo somos un organismo más entre muchos otros que cohabitan la tierra. En opinión de Morton: “cuanto más sabemos, menos independientes nos volvemos como seres humanos” (p. 57). Ello supone a su vez “una familiaridad radical con otros seres” (p. 59). Distinción que nos conduce al segundo capítulo del ensayo, apodado sardónicamente *Pensamientos Oscuros*, en donde el filósofo desarrolla, con mayor profundidad, su siguiente gran categoría epistémica: la del *extraño forastero*.

Según el autor, el pensamiento ecológico, a través de la *malla*: “se acerca cuanto puede al extraño forastero, generando cuidado y preocupación respecto a los seres, por muy inseguros que estemos de su identidad, por mucho miedo que nos dé su existencia” (p. 37). Efectivamente, Morton llama *extraños forasteros* a todos los seres vivos que coexisten en la malla, incluyéndonos. Desde organismos unicelulares hasta los diversos metazoos que moran en nuestra variada biocenosis. Bajo esta cosmovisión mortoniana, todos los seres vivos debieran ser tratados y considerados como nuestros pares humanos, aunque no lo sean ni lo parezcan. Tal comprensión de los extraños forasteros, conlleva en sí misma una perspectiva ecológica intrínsecamente ética. De acuerdo al autor, la conciencia ecológica equivale a coexistencia. Esto significa, adoptar una actitud omnicompreensiva para con el entorno y los extraños forasteros que lo cohabitan. Después de todo, como apostilla el académico de la Rice University: “los entornos coevolucionan con los organismos” (p. 74). Sin embargo, nos advierte el filósofo, esta perspectiva ecológica no debe confundirse con las posiciones organicistas, biocentristas o antropocentristas que propugnan hoy las principales vanguardias ‘verdes’. Todo lo contrario. Lo que busca el pensamiento ecológico, aclara Morton, se encuentra en nosotros mismos; en el uso de la razón y el sentido común que subyace al coexistencialismo evolutivo de raigambre darwiniana. Dicho de otra manera, se podría decir que Morton, nos alienta a lograr una colaboración consciente, altruista y horizontal entre los entornos y los seres (extraños forasteros) que preexisten en la *malla*. Al fin y al cabo, se trata de una

interdependencia cooperativa entre todos los entes del orbe. Como bien ilustra el pensador londinense: “Los seres vivos y <<no vivos>> se convierten en el medio en que viven otros seres. (...) Es una simple cuestión de dependencia, como las plantas del desierto dependen de la humedad” (p. 84).

Tal y como se puede observar, el pensamiento ecológico de Morton, elicitando el despertar de una conciencia ética que deconstruye las estructuras mentales con las que el ser humano del antropoceno ha codificado la realidad estructurante. Una muestra más de este giro mortoniano, son los controvertidos y desafiantes *hiperobjetos* problematizados por el autor en el tercer y último capítulo de la obra, titulado: *Reflexión Anticipatoria*.

En este último capítulo del libro, el autor se refiere a los hiperobjetos como cosas extensas en el tiempo y el espacio que resultan imposibles de ser observados directamente; ni menos ser aprehendidos en su totalidad. Sin embargo, pueden ser relativamente medidos, estudiados y calculados. De acuerdo con Morton, los hiperobjetos poseen una temporalidad casi impensable para la escala humana. A saber; un hiperobjeto puede ser la biosfera, el internet, el calentamiento global, un agujero negro o el plutonio. Para dimensionar la envergadura de esta propuesta, debemos tener presente, por ejemplo, que “el plutonio seguirá presente durante mucho más tiempo que la historia que llevamos registrada” (p. 164). En este sentido y, a razón del autor, los hiperobjetos rompen nuestros esquemas fijos de pensamientos; obligándonos a enfrentar los problemas ecológicos que hoy dislocan nuestra sobreestimada posición en la comunidad biótica. A fin de cuentas, los hiperobjetos versan acerca de una toma de conciencia que pueda pensarse a largo plazo, haciéndonos responsables de vivir en la tierra, pero sin tener que acudir al ya mercantilizado concepto de naturaleza. Todo lo anterior, es parte de la *ecología oscura* mortoniana y su *ontología orientada a objetos*; la cual nos “conduce hacia niveles más altos de conciencia, lo que implica más estrés, más decepción, menos gratificación (aunque tal vez más satisfacción) y más perplejidad” (p. 169).

Sin lugar a dudas, *El pensamiento Ecológico* es una obra que pide al lector acción ecológica, responsabilidad y conciencia ética. Bástenos aludir a uno de los últimos acápites del libro, donde se nos alecciona que: “Tal vez el sentimiento que buscamos no sea el de podemos porque tenemos una obligación, sino el de tenemos una obligación porque somos”. Esta distinción nos exhorta claramente a que “debemos basar la acción ecológica en la ética” (p. 155). La consecuencia necesaria de esta toma de posición, deviene en alcanzar una conciencia teórico-práctica que implique una ética

de la acción a cada acto de la vida humana, por muy insignificante que parezcan las medidas adoptadas al respecto. Lo principal es comprender que toda acción tiende a un bien práctico que, finalmente, ayudará a la totalidad de seres vivos que conviven, se desarrollan e interaccionan en un determinado biotopo. Después de todo, como agrega nuestro autor: “la sociedad no es un acuerdo entre individuos presociales, sino una totalidad ya existente y de la que somos directamente responsables” (p. 162).

Timothy Morton, representante occidental de la nueva ética ecológica, desarrolla aquí, una crítica irónica, pero no menos vanguardista y elocuente, a las principales problemáticas morales, culturales y ecológicas que hoy ponen en cuestión la permanencia de la especie humana en la tierra. *El pensamiento Ecológico*, sin ser una obra que destaque por su sistematicidad (su variopinto sincretismo se lo impide), nos brinda las claves para entender un desarrollo antropogénico que avanza acéfalo y, que, por lo mismo, necesita ser pensado, reflexionado y reinventado. La lectura crítica de esta obra, simboliza una aproximación temática en lo que respecta a una toma de conciencia global, urgente y necesaria.